

Espiritualidad de la Liberación

Pedro CASALDÁLIGA
y José María VIGIL

REINOCENTRISMO

El tema del Reino de Dios es un tema clave en nuestra espiritualidad. Es un tema central. Nuestra espiritualidad está tan «centrada en el Reino» que ha creado un neologismo para expresarlo: «reinocentrismo».

Reinocentrismo implica varias cosas. En primer lugar, que el conjunto de la espiritualidad no es uniforme y homogéneo; que tiene dimensiones, valores, temas, exigencias... susceptibles de un ordenamiento; que este ordenamiento es a su modo jerárquico y que admite un centro en torno al cual los demás elementos giran. Todas las generaciones cristianas se han preguntado de una manera u otra por la «esencia del cristianismo», por el centro, el absoluto en torno al cual se configura la identidad cristiana. Cada generación, cada teología, cada espiritualidad, ha dado su respuesta.

A la hora de responder a esa pregunta por la esencia o por el centro del cristianismo, la espiritualidad de la liberación esgrime aquí también su criterio de «vuelta al Jesús histórico». No quiere filosofar o teologizar sobre la esencia del cristianismo: quiere captar aquello que fue para Jesús su objetivo, su centro, su absoluto, su Causa. También aquí, al remitirse al Jesús histórico, la espiritualidad de la liberación reivindica una visión de la esencia del cristianismo que entra en polémica con otras respuestas que a su juicio se apartan del seguimiento del Jesús histórico e implican deformaciones y hasta malversaciones del cristianismo.

Así pues, este capítulo de nuestra espiritualidad responde a la pregunta: ¿qué es lo más importante para el cristiano? ¿Cuál es el centro, la prioridad absoluta, lo que se constituye en la fuente última de sentido y esperanza para nuestra vida y nuestra lucha? Y la respuesta la busca nuestra espiritualidad no en una teoría teológica, sino a partir de la práctica misma del Jesús histórico. ¿Qué fue lo más importante, el centro, la Causa, lo absoluto para Jesús?

Lo que no es lo absoluto

Jesús no fue lo absoluto para sí mismo. Jesús no se predicó a sí mismo como el centro. Esto es hoy claro al nivel de la exégesis y de la cristología. Jesús mismo es relacional: «a Jesús sólo se le puede comprender a partir de algo distinto y mayor que él mismo, y no directamente en sí mismo».

Ello quiere decir que nuestra espiritualidad no admite absolutizar a Jesús y caer en una reducción personalista de la fe cristiana. Para nosotros, aun siendo tan central el puesto que ocupa el Jesús histórico al que reconocemos

como Cristo de nuestra fe -y precisamente por ello-, Jesús nunca es un absoluto que nos encierra en una intimidad personalista aislada de la historia y de la escatología, y alejada por tanto del Reino. Seguir a Jesús en ese reduccionismo personalista (cosa muy fácil cuando se absolutiza a Jesús) es, desde nuestra espiritualidad, una forma de hacer lo que Jesús quiso que no hiciéramos.

Igualmente quedan para nosotros descalificados todos los reduccionismos personalistas, o intimistas, aunque se centren no en Jesús sino en el Espíritu Santo, en la Trinidad, en la «vida de Gracia» o en la misma experiencia religiosa. Los espiritualismos ahistóricos, el cultivo de las experiencias religiosas en sí mismas, de lo religioso por lo religioso, no dan cuenta de lo central cristiano.

Lo central para Jesús no es simplemente «Dios». Jesús no hablaba de «Dios» sin más. Ya hemos desarrollado esto al hablar del «Dios de Jesús», del «Dios cristiano». Jesús no es griego, y nunca concibe hablar de Dios sin relación a la historia, sin relación a sus hijos. Jesús no hablaba de «Dios» sin más, sino del Reino de Dios y del Dios del Reino. «Lo último para Jesús no es simplemente Dios, sino Dios en su relación concreta con la historia» y con la plenitud de la misma en el propio Dios.

Nuestra espiritualidad no se centra nunca «sólo en Dios» o en un «Dios solo» ni siquiera en un «sólo Dios». Aquí, el «solus Deus», o el «sólo Dios basta» quedan para nosotros necesariamente reformulados desde el absoluto del Reino.

A nosotros no nos basta la sola invocación de Dios: necesitamos discernir y saber con seguridad si tras el dios invocado está Júpiter, Molok, Mammón o el Padre de nuestro Señor Jesucristo. La simple referencia a «Dios» no garantiza la calidad cristiana.

El objetivo, para Jesús, no era la Iglesia. Esto es algo ya pacíficamente poseído en la teología hace tiempo. Jesús no pretendió fundar una Iglesia, en el sentido convencional del término. Lo cual no obsta a que la Iglesia se funda en Jesús.

Nuestro talante cristiano reacciona contra toda forma de eclesiocentrismo, es decir, toda forma de poner a la Iglesia como lo central, como lo absoluto, ante lo cual todo lo demás debiera supeditarse. El eclesiocentrismo es una de las herejías cristianas que con más inconsciencia e impunidad se han introducido en la historia de la fe, tanto en sus formas más descaradas como en las más sutiles, tanto en el pasado como en el presente.

Lo absoluto para Jesús no es el reino «de los cielos». En el evangelio no aparece que el cielo, «en su versión absolutamente trascendente y en distinción y oposición a que eso último se realice de alguna forma en la historia de los hombres», sea lo central para Jesús. Jesús no parece inculcarnos la obsesión de «la propia salvación eterna», como tantas veces ha ocurrido a lo largo de la historia del cristianismo. Jesús no hace del «cielo» el centro de su vida y mensaje. Sabemos muy bien que «reino de los cielos», en

el evangelio de Mateo es un circunloquio sinónimo de «Reino de Dios»; pero nos ha parecido indispensable recordar lo que acabamos de decir con respecto al «cielo» distante y sólo en el otro mundo.

Nuestra espiritualidad no se entrega a las perspectivas sólo trascendentalistas, al más allá de la historia, a un cielo que, de alguna manera, no está ya aquí y no se construye día a día entre nosotros, a una salvación que es enteramente diversa («heterosalvación»), a la alienación que conlleva el vivir pendientes de fechas apocalípticas para la «vuelta de Jesús».

Lo absoluto para Jesús

Lo absoluto, para Jesús, es el «Reino de Dios». Esto, evidente para la exégesis, es hoy ya algo pacíficamente poseído en la teología. Él lo expresó claramente en la petición central de su oración: «¡Venga tu Reino» (Mt 6, 10)

De todas formas, no basta afirmar la centralidad del Reino de Dios en el cristianismo; hace falta igualmente estar en lo cierto en cuanto a su interpretación fundamental. ¿Qué era el Reino de Dios para Jesús?

El Reino de Dios es verdadera obsesión de Jesús, su única Causa, porque es la Causa omnicomprensiva. El concepto «Reino de Dios» aparece 122 veces en los evangelios, de ellas 90 en boca de Jesús mismo. El Reino es el Señorío efectivo (reinado) del Padre sobre todos y sobre todo. Cuando Dios reina todo se modifica. «Justicia, libertad, fraternidad, amor, misericordia, reconciliación, paz, perdón, inmediatez con Dios... constituyen la Causa por la que luchó Jesús, por la que fue perseguido, preso, atormentado y condenado a muerte». Y todo eso es el Reino. El Reino de Dios es la revolución y la transfiguración absoluta, global y estructural de esta realidad, del hombre y del cosmos, purificados de todos los males y llenos de la realidad de Dios.

El Reino de Dios no pretende ser otro mundo, sino el este viejo mundo transformado en nuevo, para los humanos y para el propio Dios: los «nuevos cielos y la nueva tierra». «El Reino es el destino de la raza humana». Es la utopía que todos los pueblos han venido soñando y que el mismo Dios propone a la humanidad -en la carne servidora, crucificada y gloriosa de Jesús- para que la vayamos construyendo y esperando.

Para mirar con los ojos de Jesús, todo se ha de mirar *sub specie Regni*, bajo la perspectiva del Reino, desde sus intereses; para sentir con el corazón de Cristo, todo se ha de sentir desde la pasión por el Reino, al acecho del Reino.

El Reino y la identidad cristiana

Ser cristiano es ser seguidor de Jesús, por definición. Ser cristiano no será otra cosa que vivir y luchar por la Causa de Jesús. Si el Reino es para Jesús el centro, lo absoluto, la Causa..., también lo ha de ser para sus seguidores. El Reino es la «misión» del cristiano, la «misión fundamental» de

todo cristiano; las demás misiones concretas y carismas particulares no serán sino concreciones de aquella única «gran misión cristiana».

Pues bien, siempre que los hombres y mujeres, en cualquier hemisferio de la tierra y fuera cual fuese su bandera, luchan por lo que constituye la Causa de Jesús (la justicia, la paz, la fraternidad, la reconciliación, la cercanía de Dios, el perdón... ¡el Reino!), están siendo cristianos, aun sin saberlo. Por el contrario, no siempre que las personas se dicen cristianas o seguidoras de Jesús realizan el amor, la justicia... la Causa de Jesús. A veces, incluso, en nombre de Jesús, se oponen a su Causa (al amor, a la igualdad, a la libertad...). Y el criterio para medir la identidad cristiana de una persona, de un valor o de cualquier otra realidad es su relación con el Reino de Dios, su relación con la Causa de Jesús.

Aunque el tema del Reino de Dios sea tan central como acabamos de ver, todos sabemos que de hecho ha sido un tema marginado en la vida real de muchas Iglesias. Muchos de los cristianos actuales no escucharon hablar del Reino de Dios en su educación cristiana fundamental. Muchos de nosotros hemos descubierto el Reino de Dios al ritmo de nuestro ahondamiento en la espiritualidad de la liberación. Y al ritmo también de este descubrimiento hemos tenido que redimensionar y redescubrir todo nuestro cristianismo. Hemos descubierto que todos los temas, elementos, virtudes, valores cristianos... sólo encuentran su verdadero sentido y dimensión en cuanto son situados en su correcta relación con el Reino de Dios. Así, la verdadera oración cristiana es la «oración por el Reino»; la castidad cristiana es sólo la «castidad por el Reino»; la penitencia sólo tiene un correcto sentido cristiano si es «penitencia por el Reino»...

El Reino de Dios en la Historia

Descubrir el tema del Reino de Dios es descubrir la inevitable dimensión histórica del cristianismo en su integralidad. Nuestro Dios es un Dios de la Historia, ha entrado en la historia, tiene una voluntad y un proyecto sobre la historia, y nos lo ha dado a conocer en Jesús. Su proyecto es el Reino de Dios. El Reino de Dios es el sueño, la utopía que Dios mismo acaricia para la Historia, su designio sobre el mundo, su arcano Misterio escondido por los siglos y revelado ahora plenamente en Jesús. Dios nos lo ha manifestado para encomendarlo más explícitamente a nuestra responsabilidad. Por eso, ser cristiano implica una tarea y una responsabilidad sobre la historia. En este sentido, la acogida de la perspectiva del Reino de Dios nos sitúa en la perspectiva de una lectura histórica del cristianismo.

El sentido de la vida de los seres humanos es el Reino de Dios. La persona se realiza en la medida en que sea capaz de dar la vida por esa utopía que constituye la meta, «el destino de la raza humana» (Nolan). Todos los seres humanos sienten en su corazón la llamada del absoluto, de valores que les llaman a una entrega incondicional, sin reservas. Y todos los pueblos han intuido colectivamente, en su religión, en su cultura, en sus valores más profundos, con uno u otro nombre, la utopía del Reino. En la medida en que la

persona, una comunidad o un pueblo corresponde a esa llamada, está haciendo presente el Reino de Dios, está cumpliendo la voluntad de Dios, está llenando el sentido de su vida, aunque no sea muy consciente de ello.

Los cristianos, -persona, comunidad o pueblo- no son más que personas como las demás, que sienten la misma llamada que las otras en su conciencia, pero que han tenido la suerte (el don, la gracia) de escuchar el mensaje de la revelación, el plan de Dios sobre la historia y sobre el ser humano, ese plan que toda persona, comunidad o pueblo puede ya intuir aun al margen de la revelación. Acceder, por la gracia de Dios, al conocimiento pleno de su plan (¡el Reino!) no hace sino infundirnos un nuevo espíritu y aumentar nuestra responsabilidad.

El Reino de Dios es histórico y transhistórico. Tiene su desarrollo, su crecimiento, su historia. Es la Historia de la Salvación, porque la Salvación es la realización del Reino de Dios. Y es también transhistórico, porque alcanzará su plenitud más allá de la historia. La plenitud de la historia no es «otra» historia («heterosalvación»), sino esta misma historia («homosalvación»), pero llevada a su plenitud, introducida en el orden de la voluntad de Dios.

El Reino de Dios y su historia (la Historia de la Salvación) no están fuera de la realidad, como en otro plano, en otro nivel. Están en la realidad, en la misma y única historia. No son otra realidad, sino otra dimensión de la única realidad, de la única historia. Sólo hay una historia. Sólo hay una realidad. La fe nos ayuda a descubrir, a descodificar, y a contemplar la dimensión de Reino que hay en la realidad y en la historia «profana», en sus mediaciones.

El Reino está presente ya, pero todavía no lo está plenamente. Nuestra tarea es continuar construyéndolo, con la Gracia de Dios, y tratar de acelerar su venida. Sabemos que no lo podemos «identificar *con*» ninguna de las realidades de este mundo, pero la fe nos permite «identificarlo *en*» las realidades de este mundo y nuestra historia.

Para ser fieles a nuestra tarea de construirlo nos vemos precisados a poner mediaciones que lo acerquen. Son mediaciones limitadas, y siempre ambiguas. Ninguna de ellas puede «identificarse *con*» el Reino de Dios, pero no por eso es menos urgente para nosotros la tarea de ir echando mano de ellas, porque sólo por su mediación podemos «identificar el Reino *en*» nuestra historia.

«Sólo el Reino es absoluto. Todo lo demás es relativo». Es decir: toda nuestra actividad cristiana ha de ser praxis del Reino, o sea, «vivir y luchar por la Causa de Jesús», militancia por el Reino de Dios. Este es el objetivo, la Causa. Todo lo demás son medios y mediaciones al servicio de Reino. Las mediaciones no valen por sí mismas, ni para sí mismas, sino sólo en la medida en que sirven al Reino.

Para nosotros, la fuerza, el motor, el objetivo, la Causa, la razón y el sentido de nuestra vida, de nuestra acción, de nuestra praxis cristiana, es el Reino de Dios. De su servicio al Reino de Dios cobran sentido precisamente todas las cosas. Nuestra espiritualidad es de servicio al Reino como absoluto. Todo lo demás queda supeditado al Reino de Dios, por muy sagrado e

intocable que nos parezca. El centro es el Reino. Nuestra espiritualidad es «reinocéntrica».

En esta dimensión central de «reinocentrismo» que tiene la espiritualidad de la liberación quedan como concentradas en un florilegio sus principales características: es una espiritualidad histórica, utópica, ecuménica, desde los pobres, liberadora, no eclesiocéntrica.